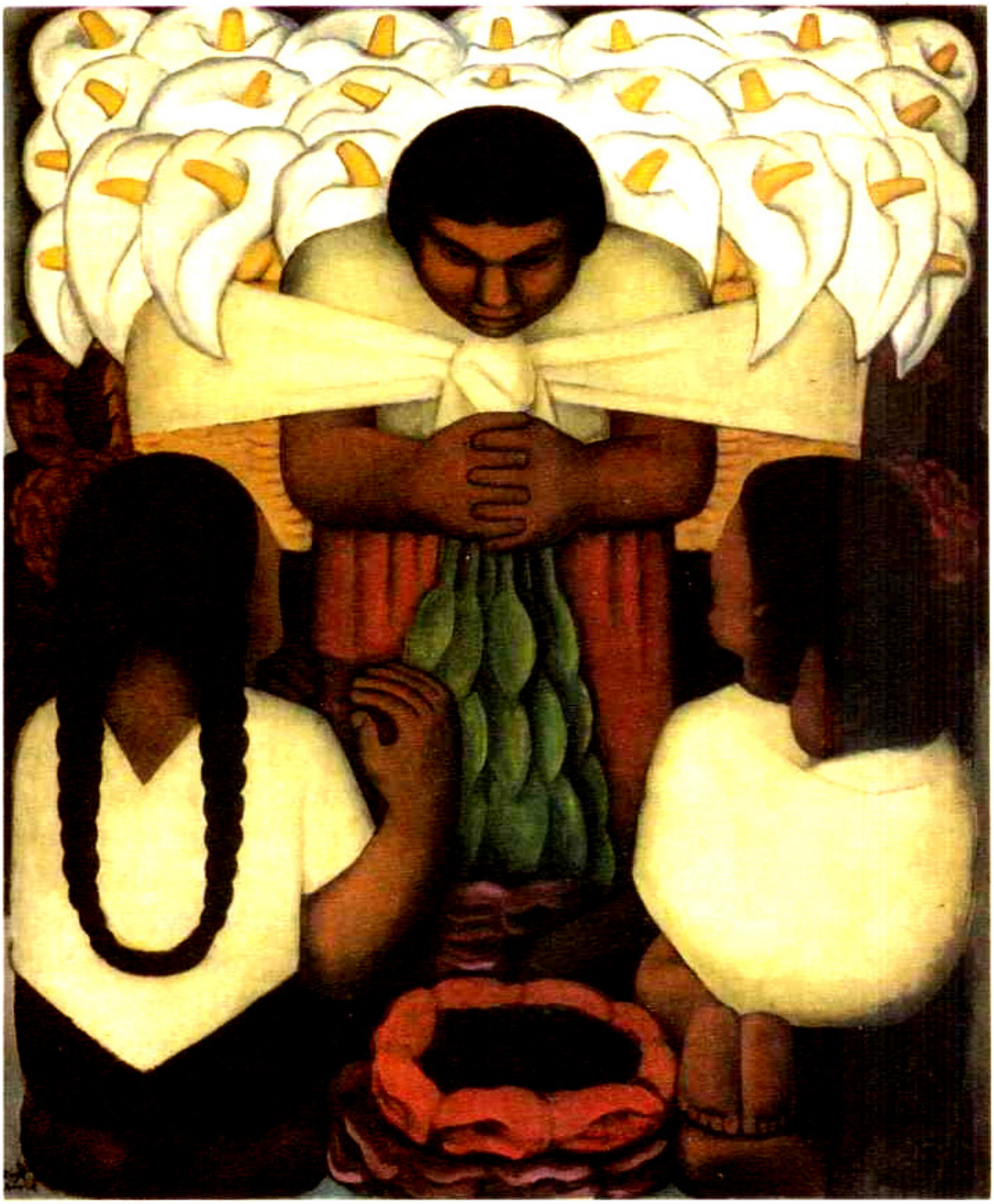
México en su Poesía



Diego Rivera, Día de las flores, 1925.

Octavio Paz

La otra poética del surrealismo.

Adolfo Castañón

Octavio Paz no es, hablando con propiedad, un poeta o un escritor surrealista. Sin embargo, sus relaciones con este movimiento distan de ser accidentales; tampoco son sencillas. Conoció a varios surrealistas, convivió con otros, leyó los mismos libros que ellos antes de conocerlos, los leyó a todos con una inteligencia y rigor con los que no siempre se leyeron entre sí. Sobre todo fue amigo de André Breton –"uno de los centros de gravedad de nuestra época»–, lo conoció en un tiempo en el que era arriesgado reconocer en el surrealismo "el último gran sacudimiento espiritual de Occidente". Si bien sus "actividades dentro del grupo surrealista fueron más bien tangenciales", el surrealismo no es en modo alguno tangencial en la evolución poética, literaria y moral de Octavio Paz. El surrealismo no ha sido para Paz una escuela de buenas o malas maneras literarias ni tampoco un manual de estilo o un conjunto de imágenes o procedimientos. Lo que para otros fue una receta es para él una revelación y, más que una revelación, una iniciación a la analogía y a la "identidad" entre la persona amada y la naturaleza", entre el cuerpo y la historia, la historia como el más allá de la persona amada. Esa revelación no es únicamente una iluminación retórica, una iluminación solipsista. Por el contrario, se constituye en el instrumento mismo para romper el aislamiento, en un camino para salir al encuentro del mundo y de la historia.

El papel movilizador de la mujer y del amor en el pensamiento surrealista romántico ha sido expuesto y glosado por Ferdinand Alqujé en *La filosofía del surrealismo y* por Gilbert Durand en *Las estructuras antropológicas de lo imaginario.* No sería difícil entresacar de la obra poética de Paz diversos lugares donde el Canon de la mujer y del amor, como ejes de una visión del mundo, se verifica de manera puntual, de "Piedra de sol" a *El mono gramático* y *Árbol adentro.* Sin embargo, lo original del proyecto de Paz se situaría en otro terreno. Paz no se limita a ilustrar con fortuna esos modelos, sino que hace de ellos el punto de arranque de una perspectiva universal en la medida que abarca otros terrenos de la acción y el conocimiento distintos de los específicamente literarios. Ha seguido la invitación al viaje de Baudelaire construyendo ese paisaje que se parece al amante. De ese modo supera las limitaciones del ángulo estrictamente surrealista sin restringirse al elogio de la mujer amada –una posición semejante a la de Agatón en *El Banquete,* que es vigorosamente rechazada por Sócrates– para hacer del amor ya no sólo la búsqueda del otro sino la encarnación de la otredad, representación, reflexión y cultura de la diferencia. Es en ese contexto donde resulta ya no explicable sino inevitable la crítica del lenguaje –es decir, de los valores convenidos del mundo alojados en las palabras– como uno de los instrumentos centrales de esta acción de la diferencia y de la otredad que se verifica en dos reinos: el de la historia y el de la imaginación estética entendida en el sentido más amplio y ambicioso.

Cultura del movimiento y de la transformación, de la metamorfosis incesante, la de Paz es también una cultura de la conversión y de la transfiguración por y a través de la poesía y la crítica. Las múltiples identidades literarias y culturales de Paz, sus metamorfosis, hablan antes que nada de una desconfianza de la identidad, es decir, del nombre. Si los signos están en rotación, la verdadera identidad está en el sentido, en la poesía del movimiento.

Sólo desde ahí es posible entender que para Octavio Paz –y a través de él para nosotros– el surrealismo sea una inspiración moral, una fuente de aliento ético y de aliento espiritual, una guía de conducta en el laberinto de la cultura y de la historia. Por eso ha dicho que el surrealismo es, para él, "la enfermedad sagrada de nuestro tiempo", es decir, una pasión, en el sentido religioso de la palabra, una búsqueda de la salud. Después del surrealismo o a través del surrealismo, a veces contra él: a veces con él, siempre *frente a él* como ante un interlocutor vivo y resistente, magnífico y refractario, Octavio Paz se ha abierto en diversos momentos de su biografía intelectual y espiritual a la tradición inventada por el surrealismo. Sus ensayos sobre André Breton, Henri

Michaux, Luis Buñuel, sus textos críticos o sus tributos a Miró, Paalen, Varo, Matta y aun Tamayo; su uso de la sociología sagrada de Roger Caillois, en *El laberinto de la soledad,* sus ensayos sobre Sade, Baudelaire y Duchamp, así como sus diversos textos sobre historia literaria escritos en cierto modo *desde* los horizontes abiertos por el surrealismo –*El arco y* la *lira, Los hijos del limo, Conjunciones y disyunciones, Corriente alterna*–, son indicios manifiestos de una relación no tanto de alianza o de vasallaje como de la amistad activa y de la filiación polémica que a lo largo de los años ha sostenido Paz con este movimiento. Por todo ello las relaciones de Octavio Paz con el surrealismo no pueden reducirse a una identificación estática de conceptos e ideas sino que deben ser comprendidas a la luz de una historia –de un desarrollo vital personal pero también de un combate. Es la historia crítica de un pensador y de un poeta frente a ciertas ideas y al mismo tiempo la historia de esas ideas en la historia que ha construido y hecho suya ese moralista –en el sentido nietzscheano de la palabra. No pretendo explicar esa historia. Basta con sostener que de la relación de Octavio Paz con el surrealismo no podría dar cuenta, por ejemplo, un hábil y docto ejercido de literatura comparada –esa disciplina ya en cierto modo abolida por los sistemas de comunicación. Habría que intentar entenderla en otros términos: por ejemplo, reconociendo en el poeta y en el escritor Octavio Paz a uno de los autores póstumos del surrealismo, una de las cosas que le han sucedido al alma romántica en el siglo XX ¿Qué es pues lo que Octavio Paz le ha dado al surrealismo en particular y a la poesía moderna en general? Le ha dado –digámoslo con una sola palabra– una conciencia. Una conciencia que no le podía haber prestado más que un poeta capaz de escribir y de leer poemas y de reflexionar al mismo tiempo sobre su ejercicio. Esa conciencia aflora en los poemas y se despliega en los ensayos de crítica poética, restituyendo a la crítica –aquí y allá– su sitio entre las variedades de la creación y de la poesía. Es una conciencia apasionada porque en ella alienta una emoción peculiar: la emoción intelectual. Es cierto que Paz es un hombre apasionado por las ideas, pero no lo es menos que es un hombre al que le emociona sobre todo comprender (acto que significa, como nos lo recuerda él mismo, abrazar con el entendimiento) De ahí que el encuentro del surrealismo haya sido uno de los momentos definitivos de su biografía espiritual pues le ha permitido reconocerse en el mundo y reconciliarse con él. Ese reconocimiento se expresa a través de una gratitud: Paz ha pagado la luz que el surrealismo le ha dado devolviéndole a éste su dignidad como eje de esa otra ilustración iniciada por esa *otra* razón: el Romanticismo.

Esa conciencia encarna en un sistema, expone una poética y reconstruye una historia que podemos centrar en dos libros: *El arco* y la *lira* por un lado y *Los hijos del* limo por el otro, dos libros complementarios surgidos del mismo impulso, unidos por un ensayo clave: "Los signos en rotación". Por su rigor, riqueza y amplitud. *El arco* y la *lira* es la poética que el surrealismo no pudo escribir. Es un libro curiosamente escrito entre Breton y Alfonso Reyes, un diálogo inimaginable pero sostenido y realizado a través de paz. Se trata de un libro central no sólo en la obra de Paz y no sólo en la historia de la crítica de la vanguardia sino, nos atrevemos a decirlo, en la historia de la cultura española, pues en él Paz por un lado logra traducir, dar continuidad y sentido a un saber literario eclipsado por las vanguardias y, por el otro, inicia en él el proceso positivo de inventar y descubrir las tradiciones literarias que sostienen y explican la vanguardia. Es el libro de un poeta que no ha olvidado la felicidad de la carne y que, además, ha leído todos los libros. El libro de un hombre que conoce el proceso que lleva al mundo a transformarse en un libro y que, al mismo tiempo, tiene el donde transformar ese libro en el cosmos. Hemos hablado de una emoción intelectual. Deberíamos añadir que se trata de una emoción gozosa. Si *El arco* y la gira presenta una teoría literaria a la medida de la poesía y de la literatirra modernas, *Los hijos* del *limo* reconstruye paso a Paso, poema a poema su genealogía. *Los hijos del limo* es un libro que vuelve a transportarnos por su emoción intelectual y su pasión por la historia de la cultura. Paz no sólo le da al surrealismo y a la vanguardia una tradición; al recordarnos la historia de *la otra voz* reconstruye la otra historia. Porque si la poesía es una ascesis espiritual, un ejercicio de liberación interior y no una práctica mundana, en la historia de la poesía encarna la historia de la libertad y la biografía de un poeta –vida hecha por las palabras: palabras que engendran vida– es la historia de su liberación, de su libertad bajo palabra. El surrealismo –"esa dirección del espíritu humano"– sólo puede perdurar y perdura no sólo en los poemas y en los poetas sino en ese proceso de "transformación de los hombres en poemas vivientes", en ideas vivas, que es precisamente el que ha transformado a Paz en un poeta en el sentido antiguo y más poderoso de la palabra: "el hombre que canta, el hombre que bendice, el hombre que sacrifica" evocado por Baudelaire –uno de los pocos hombres de nuestro tiempo hispanoamericano en quien la palabra se ha hecho carne, historia y sociedad. Lo prueba el hecho de que Paz sea una palabra y una página, un escritor y un lugar, un punto ineludible de referencia, una de las pocas plazas de nuestra ciudad literaria europea, española o hispanoamericana, uno de los puntos frente a los cua-

les nos definimos y nos situamos literaria y cultural, aun políticamente. Lo prueba el hecho de que Paz como pensador de nuestra realidad histórica y política no sólo se haya ocupado de la historia, sino que, al hacerlo desde la neutralidad de la literatura y desde el laicismo radical que le impone a un poeta su visión– se haya transformado en uno de los eslabones más significativos de la cultura española del siglo XX: a tal punto que podemos medir nuestro desarrollo o subdesarrollo intelectual en relación con el lugar que ocupa Paz en nuestra reflexión: ¿antes o después de Paz?

Vaso comunicante de la poesía con la historia, su obra como poeta y como crítico le ha dado a nuestra literatura una historia y un paisaje, un camino y un mapa. Como historiador y como crítico nos ha ayudado a leer la historia desde la poesía y representa uno de los eslabones más firmes en el proceso de desburocratización de la comprensión histórica al afirmar que la historia no es ni puede ser oficial, partidaria, científica sino que precisa ante todo de una visión moral, de un sentido humano. Es obvio que este doble proceso crítico no hubiese sido posible sin la inspiración moral del surrealismo, sin la creencia libertaria de que la historia y la cultura están al alcance de cualquiera que esté resuelto a asumir el riesgo de la creación, la responsabilidad de la palabra. Basta con negar al mundo para afirmar la palabra. la poesía niega al mundo, el poeta se injerta en la historia y hace su crítica. Pero la crítica de Paz ¿es la crítica del nihilista que descree absolutamente del mundo, o la del estoico y escéptico que actúa sin hacerse demasiadas ilusiones acerca del resultado de su acción? Por todas estas razones resulta improcedente el solipsismo literario que reprocha a Paz su interés en la historia pues el movimiento de la polémica y de la discusión es precisamente uno de los impulsos centrales de su vida intelectual. Paz le da al surrealismo una historia, un paisaje, una filosofía y una cultura, una conciencia no sólo por las razones aducidas sino también, fundamentalmente, por integrar en esa reflexión la tradición literaria en lengua española a la hispanoamericana. En este orden de ideas, una de las aportaciones centrales de Paz es la discusión del significado y de las connotaciones de la palabra modernismo en inglés, francés y español. Esa discusión vuelve relativo al surrealismo pero también le confiere una dignidad universal y lo recata del provincianismo eurocéntrico con que a veces Europa se niega así misma.

Por último, digamos que no podría entenderse la avidez con que Paz recoge las enseñanzas del surrealismo si no se tuviese en cuenta que para él la vocación poética es una vocación en el sentido religioso de la palabra, es decir, a la vez una misión y una pasión. No es tanto la

poesía como sustituto de la religión sino la convicción espontánea y casi instintiva de que una de las fuentes primordiales de la experiencia de lo sagrado fluye a través de la palabra poética. La convicción de que la palabra es una de las vías materiales de acceso al misterio del mundo. La religión de la poesía no es en modo alguno exclusiva de Paz aunque en él asuma una arquitectura poco frecuente en otro. Paul Bénichou, el gran historiador de la literatura francesa, ha demostrado hasta qué punto la literatura y la poesía han representado *un sacramento* del escritor en el proceso de secularización que va de fines del XVIII a nuestros días. Escritores-sacerdotes, escritores-profetas, los poetas modernos han asumido el oficio de vivir escribiendo como un sacerdocio y como un ejercicio espiritual. La poesía no sólo ha estado fascinada por la religión y sus variedades esotéricas y herméticas como ha demostrado el propio Paz en *Los hijos del limo.* A la religión de la poesía, se añade en Paz una tragedia del amante que suma a los encuentros con la persona amada y su cuerpo, los encuentros y desencuentros con la naturaleza y, más particularmente, con la historia.

Por eso la necesidad de la poesía sólo se comprende en función de su significado último que la vincula con la verdad –y la hace verdad–, que la relaciona con la historia –y la hace historia–, que la arraiga en la sociedad y la hace social.

Si la poesía es una enfermedad, es una enfermedad distinta de esa otra consagrada por la fuerza, que llamamos salud pública.

Ella misma ha sido una religión, un campo donde se han desarrollado los más diversos ejercicios espirituales. Esta es una de las razones por las cuales podemos hablar con tanta naturalidad de una historia trágica de la literatura moderna. Y Paz –el poeta y el pensador– es uno de sus actores más relevantes en la medida en que es un autor dos veces señalado por la tragedia.